

Ponerle nombre al dolor: México 2010. Diario de una madre mutilada, de Ester Hernández Palacios¹

Elissa Rashkin

Doctora en Estudios de la Comunicación

Universidad Veracruzana

<https://orcid.org/0000-0003-1223-777X>

erashkin@uv.mx

Resumen

Este artículo estudia el libro *México 2010. Diario de una madre mutilada*, testimonio escrito por Ester Hernández Palacios como respuesta al asesinato de su hija Irene Méndez y su yerno Fuoad Hakim Santiesteban, en 2010, como consecuencia de la guerra declarada por el Estado mexicano contra los ya omnipresentes carteles de narcotráfico. Analiza las estrategias literarias utilizadas por la autora para manifestar su dolor y escribir como acto de sobrevivencia, a través de conceptos como corporalidad —el cuerpo como texto social y locus del sufrimiento personal y colectivo—, performatividad, presencia y espectralidad, todo con relación al lenguaje como una fuerza activa enfocada a la sanación. Los ritos religiosos y seculares, el umbral entre vida y muerte, la capacidad de solidaridad son algunos de los elementos que convierten la escritura testimonial del yo, desde las condiciones de violencia, en protesta, ofrenda a los difuntos y también herramienta de resiliencia.

Palabras clave: Corporalidad; dolor; espectralidad; testimonio; violencia.

Putting Words to Pain: Ester Hernández Palacios's México 2010. Diario de una madre mutilada

Abstract

This article studies the book *México 2010. Diario de una madre mutilada*, a testimony written by Ester Hernández Palacios in response to the murder of her daughter Irene Méndez and son-in-law Fuoad Hakim Santiesteban in 2010 in the context of the Mexican government's war on drugs. It analyzes the literary strategies used by the author to

¹ **Procedencia del artículo:** Este artículo es resultado de una investigación original, escrito para Poligramas. Una versión preliminar fue presentada en el II Congreso Internacional de Teoría y Crítica Literaria, Universidad Iberoamericana, Ciudad de México, el 2 de octubre de 2014



manifest her pain and write as an act of survival, through concepts such as corporeality—the body as a social text and locus of personal and collective suffering—, performativity, presence, and spectrality, all in relation to language as an active force focused on healing. Religious and secular rites, the threshold between life and death, and the capacity for solidarity are some of the elements that turn the testimonial writing of the self, under conditions of violence, into a protest, an offering to the dead, and a strategy of resilience.

Keywords: Embodiment; haunting; pain; testimonial literature; violence.

Recibido: 14 de abril del 2021. **Aprobado:** 02 de febrero del 2022

Artículo de reflexión

<https://doi.org/10.25100/poligramas.v0i54.12259>

¿Cómo citar este artículo en MLA? - *How to quote this article in MLA?*

Rashkín, Elissa. “Ponerle nombre al dolor: México 2010. Diario de una madre mutilada, de Ester Hernández Palacios” *Poligramas* 54 (2022): e.3112259 Web. Fecha de acceso (día, mes en mayúscula y abreviado, y año).

Para Ester, por supuesto

En 2010, la nación mexicana conmemoraba los aniversarios de dos momentos claves de su historia, los inicios de la Independencia y la Revolución. Hubo celebraciones diversas, culminando en el extravagante espectáculo realizado en la fecha tradicional del 15 de septiembre en la plaza principal de la capital del país; también salieron películas como *Hidalgo: la historia jamás contada* (Antonio Serrano Argüelles, 2010) sobre la vida íntima del “padre de la patria”, y la cinta infantil animada *Héroes verdaderos* (Carlos Kuri, 2010)². El gobierno liderado por Felipe Calderón Hinojosa, del Partido Acción Nacional (2006-2012), publicó nuevas ediciones de los libros de texto de educación básica con el logotipo conmemorativo en las portadas y envió a todos los hogares ejemplares de *Viaje por la*

² La noche del 15 de septiembre se conmemora el discurso emitido por el cura Miguel Hidalgo y Costilla en el pueblo de Dolores en el actual estado de Guanajuato. Este discurso es conocido como “el grito” y marca simbólicamente el inicio de la lucha independentista. Como esta ceremonia ocurre en la noche, el siguiente día 16 es el feriado oficial del Día de la Independencia.

historia de México, con un texto del historiador Luis González y González complementado por imágenes y cápsulas sobre figuras ejemplares de la historia patria de sus inicios hasta finales del siglo XX. En la carta que acompañaba esa publicación —cuyo tiraje total fue de 25.000.000 ejemplares—, el presidente escribió:

Espero que disfrutes con tu familia la lectura de este libro y que este Año de la Patria pueda marcar el inicio de una nueva etapa de desarrollo con justicia, libertad y democracia para México, tal y como la soñaron los héroes que nos dieron Patria y libertad con la Independencia y los que lucharon por la democracia y la justicia en la Revolución.

Mientras el presidente predicaba este sueño, el estado de Veracruz vivía una pesadilla de violencia que casi repentinamente había pasado de lo extraordinario a lo cotidiano. La guerra frontal contra el narcotráfico, proclamada por el mismo presidente Calderón al inicio de su administración, había escalado una situación de conflicto ya presente en algunos estados y la había extendido a casi todo el país. Entre balaceras, secuestros, operaciones militares y la cosecha cada vez más abundante de cadáveres, la gente de todos los sectores y clases sociales buscaba la manera de seguir, sin rendirse ante el miedo..., pero el sentimiento general era que las cosas habían cambiado.

En este contexto, el 8 de junio, sicarios asaltaron el coche de Irene Méndez Hernández Palacios y de su esposo, el empresario Fuoad Hakim Santiesteban, en Xalapa. Se trataba de un secuestro: Irene, al volante, intentó resistir y terminó muerta, su cuerpo atravesado por seis balas; el cadáver de Fuoad, mutilado, apareció tiempo después. Un ajuste de cuentas, se decía: Hakim, el blanco del secuestro; Méndez, “daño colateral”, como tantas mujeres y hombres muertos, torturados, desaparecidos en una guerra sin sentido y sin fin³. A pesar de la indignación de la sociedad civil xalapeña —que recordaría el crimen cada año con una pequeña ceremonia en el lugar de los hechos— el asesinato permanece, hasta hoy, impune.

Este, en resumen, fue el suceso que convulsionó la vida de Esther Hernández Palacios, investigadora de la Universidad Veracruzana, promotora cultural, escritora y madre de Irene. A partir de entonces, ella empezó a firmar su nombre sin la h, como signo

³ El término “daño colateral”, acuñado durante la guerra colonial de Estados Unidos en Vietnam, refiere a muertes de civiles, fuego amigo u otros daños infligidos sobre personas no involucradas activamente en el conflicto bélico. En el México actual, alude a las muchas personas de la sociedad civil afectadas por la guerra del Estado contra los grupos criminales y de los conflictos entre estos por el control de territorios.

gráfico de su pérdida, íntimamente relacionado con el yo maternal. Devastada por el dolor, Ester-sin-h comprendía que debía encontrar la fuerza de vivir, por sus otras hijas, su familia extensa, su comunidad; para no caer en el abismo, buscó refugio en el acto de escribir. Su *Diario de una madre mutilada*, por ello, tiene múltiples niveles: originalmente, un diario personal donde el dolor fluye con libertad sobre la página para no ahogar a su portadora; luego, una creación literaria alimentada por la poesía, el arte, las herramientas comunes de la humanidad en luto; al mismo tiempo, un testimonio contundente de la dolencia de todo un país víctima de guerra, herido e impotente. Al darle al diario el título adicional de *México 2010*, la autora hizo eco irónico a los libros de texto y otras publicaciones oficiales de ese año, enfatizando la historicidad de su experiencia como *madre mutilada* y canalizando su dolor hacia la esfera pública, en una obra elocuente de denuncia social⁴.

México 2010. Diario de una madre mutilada (en adelante *Diario*) fue publicado en 2012 por la editorial Ficticia, después de haber recibido el premio Bellas Artes de Testimonio “Carlos Montemayor”, otorgado por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, el Instituto Nacional de Bellas Artes y el Instituto Chihuahuense de la Cultura en su edición de 2011. Este premio, al decir de su página institucional, inició en 1982 como manera de reconocer el valor literario del género testimonial concebido como “un género situado entre el periodismo y la literatura” que “tiene el valor de mostrar la forma en que *la realidad hiere a un testigo*” (Coordinación Nacional de Literatura, cursivas mías)⁵.

En 2021, la cineasta Alejandra Islas estrenó su documental *Ester sin h* en el canal de televisión de la Universidad Nacional Autónoma de México, productora de la película junto con la Universidad Veracruzana. El documental de Islas retoma el libro de Hernández Palacios como el eje de su narrativa; la autora, filmada en los espacios de su vida cotidiana, lee fragmentos del *Diario* en voz alta, recordando tanto los sucesos originales como el proceso continuo de sanación, mientras sus amistades y familiares

⁴ El color vino con letras blancas elegido por la editorial para la portada reforzó esa asociación, ya que los libros de texto y otras publicaciones del gobierno, así como la señalética de las carreteras de la “ruta bicentenario” y otras campañas publicitarias llevaban un diseño similar, inmediatamente reconocible por la población.

⁵ En 2010, de acuerdo con la misma página citada, “en honor a uno de los escritores más importantes del estado de Chihuahua, el certamen toma el nombre de Premio Bellas Artes de Testimonio *Carlos Montemayor* y para la edición 2018, cambia a Premio Bellas Artes de Crónica Literaria *Carlos Montemayor*”. Este cambio sugiere que, quizás, lo “literario” haya superado la “herida del testigo” como la calidad más valorada en la literatura testimonial actual. Véase Suárez Gómez (59-61) para una útil reflexión en torno a la tensión entre lo “histórico” y lo “literario” en el testimonio como género discursivo de la memoria, ejemplificado en dos novelas testimoniales latinoamericanas.

agregan comentarios e impresiones propias. Más de una década después del asesinato de Irene y nueve años de la publicación del *Diario*, el documental nos motiva a reexaminar esta historia, que, por un lado, puede ser visto como artefacto de una historia más amplia vivida por la población mexicana durante los últimos años, desde el desatamiento de la “guerra contra el narcotráfico” sin conclusión hasta la fecha, a pesar de los cambios estratégicos fomentados por el actual presidente Andrés Manuel López Obrador (2018-2024). Por otro lado, el libro forma parte del ahora amplio corpus de testimonios sobre la crisis humanitaria en México, a la vez que sobresale por su lúcida forma de escribir aun desde la íntima profundidad de su dolor⁶. Desde su propio sufrimiento, la autora extiende la mano a través de la palabra, convirtiendo su escritura del yo en herramienta de sobrevivencia colectiva.

En las páginas que siguen, exploro el universo plasmado en el *Diario*, haciendo hincapié en las estrategias literarias que emplea la autora para conectar la experiencia íntima con la que es de pertenencia común. Para ponerle nombre a su dolor: *pérdida, luto, mutilación*, a la vez que *crimen, violación, impunidad, cólera, indignación*, recurre a una técnica casi de collage, incorporando fragmentos de poemas, citas de artículos periodísticos y comentarios publicados sobre su “caso”, pero también sobre la situación del estado y del país. De esta manera Hernández Palacios fluye entre la poesía —en su convicción de que, en un mundo en llamas, sólo el arte nos devuelve la posibilidad de redención— y el testimonio; lo personal y lo colectivo; la voz propia, interna, y la de una comunidad indignada por el statu quo caída en delincuencia.

Cuerpo íntimo, cuerpo político

De modo conceptual, enfoco mi lectura sobre dos aspectos: primero, la manera en que la autora representa el cuerpo como el sitio privilegiado del dolor; y segundo, el uso de la palabra escrita en la construcción de un tapiz de protesta colectiva, para pasar al final al sentido performativo del texto y su relación con la espectralidad. Estos aspectos no están, en realidad, separados, ya que el cuerpo no se comprende sin el lenguaje, al grado de que

⁶ Entre los más recientes, tan sólo del contexto veracruzano abordado aquí, están *Desde el naufragio: Testimonios universitarios sobre la violencia en Veracruz (2014-2018)*, coordinado por Alfonso Colorado Hernández en 2021, y *Porque la lucha por un hijo no termina...: Testimonios de las madres del Colectivo Familias de Desaparecidos Orizaba-Córdoba*, editado por Celia del Palacio en 2020. En el panorama nacional abundan todos los subgéneros del testimonio, desde entrevistas periodísticas hasta la novela testimonial; me limito a destacar *Entre las cenizas: historias de vida en tiempos de muerte*, editado por las periodistas Marcela Turati y Daniela Rea (2012) y *El invencible verano de Liliana*, de la novelista e historiadora Cristina Rivera Garza (2021).

algunos dirían que no existe sin él. Por otra parte, las palabras, sobre todo en este caso la poesía, son una de las maneras en que podemos dar forma a nuestro sufrimiento corporal, entenderlo, comunicarlo y socializarlo como parte del tejido social, no sólo individual. La espectralidad y el performance pueden verse como herramientas, hasta cierto punto literarias, para enfrentar la muerte⁷. Sin embargo, hay elementos del libro que se prestan más a una o a la otra línea de análisis y por eso organizar mis reflexiones en torno a estos elementos.

Empiezo con el cuerpo que, a pesar de ser la manifestación material de nuestra identidad personal, inevitablemente termina siendo también el cuerpo político, como han establecido investigadores desde diferentes áreas de investigación. Como resume el antropológico y sociólogo David le Breton, “El cuerpo es una construcción simbólica, no una realidad en sí mismo” (*Antropología del cuerpo* 13). Alicia Grasso, estudiosa de la educación física, afirma que el cuerpo, más que un hecho material-fisiológico, es la expresión de numerosas relaciones sociales, por eso, “siempre va a estar teñido de una ideología” (“Construyendo” 25). Grasso explora conceptos que se han propuesto desde múltiples disciplinas, entre ellas la psicología, la filosofía y la antropología. Refiriendo a Maurice Merleau-Ponty (a través de la mirada de Jorge Gómez), ella señala cómo la fenomenología pone énfasis en:

(...) el aspecto esencialmente relacional del cuerpo en su forma psicobiológica y existencial y muestra que esta relación es propia del inconsciente más profundo, inherente a fantasmas y sueños, que expresan los sueños que la sociedad tiene sobre sí misma. Pone así en el centro de nuestra corporeidad el impacto sociológico e ideológico de una sociedad que impone un valor fetiche al cuerpo, desembocando en la estructura mitológica del cuerpo: cuerpo-símbolo, cuerpo-talismán, del que se vale una sociedad para hablar de sus fantasmas. (Grasso, “Construyendo” 25)

En otro texto, Grasso afirma que la “corporeidad es nuestro ser, estar y hacer en este mundo. Existe para nuestro bienestar; si no la tenemos bien identificada, existe para

⁷ Desde los estudios de performance, el libro de Joseph Roach, *Cities of the Dead: Circum-Atlantic Performance* (1996) es imprescindible, como lo es el de Diana Taylor, *The Archive and the Repertoire: Performing Cultural Memory in the Americas* (2003). Sobre el reciente “giro espectral” en los estudios culturales mexicanos/latinoamericanos, algunas compilaciones claves son: *Espectros: Ghostly Hauntings in Contemporary Transhispanic Narrative*, editado por Alberto Ribas-Casasayas y Amanda L. Peterson en 2016; el número especial de *iMex* sobre “México espectral”, editado por Ribas-Casasayas en 2019; y *Legacies of the Past: Memory and Trauma in Mexican Visual and Screen Cultures*, editado por Miriam Haddu y Niamh Thornton en 2020.

nuestro malestar, como lo evidencian las dolencias, las enfermedades y los trastornos que padecemos” (*Arte* 19), que asimismo no pueden ser comprendidos desde una perspectiva exclusivamente médica. El cuerpo, en este sentido, es más verbo que sustantivo y se relaciona con procesos narrativos.

La noción del cuerpo como portador de historias y, por ende, sitio de lo fantasmal, ha sido importante en algunos estudios literarios y culturales recientes, debido a su utilidad para entender los traumas individuales y colectivos que caracterizan muchas sociedades contemporáneas, incluyendo las latinoamericanas⁸. Como observa Alberto Ribas-Casasayas,

La crítica espectral es la interrogación de una red de silencios, represiones, ocultaciones, aporías impuestas por condiciones políticas del pasado. Pero también es, desde la perspectiva de la acontemporaneidad a sí del presente, una atención al llamamiento o juicio de generaciones futuras afectadas por las acciones del presente, espectros arribantes que ya nos están mirando. (9)

Lo *espectral* —objeto de interés de Ribas-Casasayas en el artículo citado, y al cual regresaré más adelante— no tiene que ver tanto con lo sobrenatural, como se concibe desde las representaciones culturales de difusión común, sino con la idea del sujeto y la memoria como terreno atravesado por múltiples temporalidades. Éstas, a su vez, son formadas por acontecimientos y en particular por traumas que trascienden lo individual para aparecer y reaparecer en distintas generaciones. Dice Grasso: “Los seres amados, el trabajo, la casa, la escritura y todas las cosas o personas en las que nos manifestamos son nuestra corporeidad” (“Construyendo” 36). El cuerpo, en este sentido, es el recipiente de impactos directos e indirectos; también es “ámbito de los mecanismos cognitivos”, a la vez que “estructura experiencial vivida” (Grasso, “Construyendo” 25). Este concepto complejo del cuerpo nos permite entender el libro de Hernández Palacios como respuesta a la experiencia visceral que sufre con la pérdida violenta de su hija. Es decir, el acto de escritura y de análisis social se desprende de la corporalidad, a la vez que el cuerpo manifiesta las condiciones políticas que lo enmarca y, en interacción con ellas, se reestructura.

⁸ Sobre trauma como acontecimiento social que es históricamente específica a la vez que generalizable, hasta cierto punto, a experiencias comunes como las de las dictaduras en América Latina, véase el capítulo 7 de Taylor (*The Archive*, 190-211).

En este caso, el texto se centra en la expresión de dolor, expresión en que el sufrimiento íntimo y la crítica social vuelven inseparables: la una estructura al otro y viceversa, dotándose mutuamente de sentido, aun cuando la sensación predominante es la de incompreensión. Afirma Le Breton que el dolor está profundamente “arraigado en la dimensión simbólica, es decir, inmerso en el centro del vínculo social y el sentido” (*Antropología del dolor* 94). Aunque en ese libro Le Breton se enfoca en el dolor físico más que en el metafísico o emocional, también demuestra la relación entre los dos: el sufrimiento corporal lo experimenta el individuo en su cuerpo, pero toda la experiencia está condicionada por su contexto, el cual puede permitir o bloquear el alivio y disminuir o bien intensificar el nivel de la dolencia.

Los trabajos teóricos citados convergen con el relato de Hernández Palacios, ya que esta, de modo primordial, siente y expresa la pérdida de su hija como un padecimiento físico, una mutilación. Habla repetidamente del dolor que padecen las personas que han sufrido una amputación: el miembro ausente sigue doliendo, de la misma manera la ausencia del ser querido arde no sólo en la memoria sino en el cuerpo mismo, en este caso, el cuerpo de la madre que años antes le gestionara en su matriz. El sentido agudo de haberle dado la vida a Irene sin pensar jamás que esa vida le iba a ser arrancada de manera violenta permea su cuerpo entero; le causa la sensación de una ocupación y, al mismo tiempo, la de estar fuera de sí, en un borroso estado sin sentido. “Sé que estoy viva porque me escucha respirar, —escribe, el día después del asesinato— pero miro las cosas como si viviera fuera de mi cuerpo. Como si otro ser me habitar. Sigo vacía” (Hernández Palacios 13). Luego sigue: “Cuando el dolor es tan grande que lo ocupa todo: tu materia, tu inteligencia y tu espíritu, eres sólo una lágrima, un lamento, un suspiro, una mancha de sangre a punto de secarse” (Hernández Palacios 14). Y busca en vano la posibilidad de ofrecerse en lugar de la víctima: “Si pudiera regresar el tiempo y convencer a la muerte de cambiar su lugar, su cuerpo por el mío” (Hernández Palacios 14).

La noción del sacrificio, de la hija como víctima inocente y por lo tanto sacrificial, aparece inicialmente como un simbolismo con potencial de dar sentido a la muerte, pero resulta ser inadecuada. El 19 de junio la autora escribe: “Me despierta, a la 1:30 A.M., la exacta sensación de un disparo en la espalda. No logro volverme a dormir. Mi niña, ¿cordero para qué?” (Hernández Palacios 49). Las explicaciones ofrecidas por las autoridades, o las fuentes oficiales, no parecen tener nada que ver con lo acontecido: los negocios del suegro, la ominosa intervención de los narcos, el dinero, las amenazas, la venganza... Todo eso pertenece a un registro simbólico ineficaz, en los términos de Le

Breton, para tratar el dolor, ya que el tratamiento, como parte de un universo de procesos culturales, depende en primer lugar de un lenguaje común, con supuestos comunes, o sea, la complicidad entre paciente y médico forjada en la fe común en la eficacia del método y la probabilidad de recuperación. Hernández Palacios no cuenta con tal fe; sabe, y comenta a lo largo del texto, que el sistema está podrido, el país está en guerra, la sociedad civil está viviendo bajo sitio, y por lo tanto los remedios judiciales, oficiales, aun si fueran a dar —milagrosamente— con los culpables, no ofrecerán soluciones para el dolor.

En otro registro de los posibles vínculos sociales y simbólicos explorados, tanto por la antropología como por nuestra autora en su papel de protagonista, están las creencias y los ritos religiosos y espirituales que comúnmente dan consuelo a los dolientes. Tales ritos sirven para dotar de sentido a los acontecimientos violentos e insólitos, reafirmar el equilibrio entre los diversos mundos del ser humano —el individual y su entorno, el mundo mundano y el misterio divino— y, por ende, ayudar a reparar el tejido roto de una comunidad. Ester lamenta, o más bien reconoce, su ausencia de fe y el gran precio que paga, nuevamente, en el cuerpo, por no creer en lo que ella llama “la religión de mi madre”, el socialmente dominante catolicismo.

Los ritos consuelan, no obstante, porque en ellos la autora reconoce el sentir compartido y la buena voluntad de sus prójimos. Contempla con benevolencia y con atención casi etnográfica la pluralidad de tradiciones que son invocadas para acompañar a Irene y Fuoad en su camino y también, de alguna manera, para restaurar el equilibrio en el plano terrestre. Durante la novena, la madre doliente va a misa y permite que en las tardes se celebre el rosario en su casa, encontrando una especie de refugio en estas prácticas provisionalmente prestadas por personas cercanas, cuyos corazones también se sienten heridos por las balas que mataron a Irene y las navajas que dieron muerte tortuosa a su pareja. “La sala de la casa se convierte en templo; la ventana, en altar” (Hernández Palacios 27). Estas ceremonias privadas compensan un poco el desplazamiento físico que representa la entrega de las cenizas de la hija a la cripta de la familia política.

Sin embargo, cuando la mente abierta de la autora le lleva a investigar sobre otros posibles ritos, concretamente una ceremonia que realizan los budistas tibetanos para las víctimas de muerte violenta, su deseo de ritualidad topa con los límites de la pluralidad en una sociedad aún constreñida por la intolerancia religiosa. La ceremonia de *powa* debe realizarse en el lugar exacto de la muerte; y, al no saber exactamente a qué hora ni dónde el espíritu de Irene dejó su cuerpo, Ester piensa hacerla en el estacionamiento del Seguro Social, ya que el doctor de ese hospital le aseguró que la paciente llegó sin vida. Luego

piensa dos veces, dando una muestra de la asombrosa lucidez que permea todo el libro, a pesar del desbordante dolor descrito en ello:

Después de llorar para tragar mis gritos —escribe—, reflexiono. Si hacemos el *powa* en el Seguro, mañana saldrá en la prensa que los mataron porque eran satánicos. Vuelvo a llamar al delegado para agradecer sus atenciones:

—Perdone usted—le digo.

—No se preocupe—me responde.

Este buen hombre debe comprender, o al menos trata de hacerlo, mi desesperación. Mi locura de madre despojada. (Hernández Palacios 42)

Aun en su desesperación, Hernández Palacios está atenta a las consecuencias, sabiendo que no todas las tradiciones de despedida de muertos son igualmente bien vistas, incluso en el contexto fragmentado y poco coherente de la sociedad urbana actual. A pesar de ello, ella se sostiene no sólo en los ritos católicos y la lectura del *Libro tibetano de la vida y la muerte*, sino en una amplia gama de prácticas ofrecidas a ella por su comunidad. Una amiga le da masaje; otra, *reiki*; y otra, flores de Bach. Otra persona le involucra en una sesión de contacto con el más allá, la cual le permite divisar, o sentir, la presencia de su hija: una experiencia ambivalente, que conforta en la medida que sí hay contacto, pero a la vez subraya la ausencia y la distancia.

Cabe notar que todas estas son prácticas corporales, afines a las diversas prácticas, variadas de cultura en cultura, que Le Breton (*Antropología del dolor*) considera esenciales para un eficaz tratamiento del dolor y del sufrimiento físico, ya que éste siempre es, al mismo tiempo, y no en una lógica dual cuerpo-mente sino en una concepción más integral, una cuestión simbólica y por lo tanto social. Son los cuerpos de los demás que sostienen, a través de lo que Schechner llama la *conducta restaurada* (37-38), el cuerpo dolorido de la madre mutilada y permiten su permanencia vital. Se trata de una ritualización de la solidaridad, aunque —dado que el libro termina con la decisión de la autora, en un ambiente del creciente miedo y angustia, de exiliarse temporalmente de su país— no se puede decir recuperación.

La palabra como refugio

Hasta ahora hemos visto la importancia de la comunidad, sus creencias, sus actos de solidaridad y sus ritos para el sustento de la autora como sujeto, no sólo como cuerpo dolorido sino mente lúcida que desde su sufrimiento puede escribir, reflexionar y comunicar, primero como acto personal, pero luego como escritora dispuesta de compartir sus palabras con su público lector. Por eso, hay que considerar también el papel de la palabra escrita en el libro, en relación con la otra comunidad en que Hernández Palacios también busca refugio: la comunidad de las letras⁹.

Como muchos libros, cada capítulo de *Diario* abre con un epígrafe. No obstante, más allá de esta práctica común de tomar prestadas unas apreciadas palabras ajenas para iluminar la escritura propia que sigue, los fragmentos escogidos por Hernández Palacios son de autores y textos poéticos que tienen especial resonancia para ella en su momento de crisis y dolencia. Sustituyen, de cierta manera, las sagradas escrituras donde personas creyentes buscarían consuelo y muestran, en lugar de la fe religiosa, el profundo amor por la poesía como hilo entre las intimidades de la comunidad humana, secular. Por ello, el libro abre con los versos fuertes y desafiantes de César Vallejo: “Hay golpes en la vida tan fuertes... ¡yo no sé! / golpes como el odio de Dios...”¹⁰. Con este fragmento, los “heraldos negros” de ahora anuncian, el 8 de junio, la muerte de Irene y Fuoad.

Después de identificar al cuerpo de su hija, Ester intenta conjugar los números: seis balas, 26 heridas, “26 años tenía mi hija. 26 veces cruzaron su cuerpo balas asesinas”, y con esa terrible coincidencia, se ahonda la madre en su angustia: “26 veces 26 repito sin cesar los versos de Vallejo. He olvidado los rezos” (10). La poesía no sustituye los rezos, ya que no consuela con razones divinas, sino que valida el sentido de sinrazón —sobre todo en la obra de Vallejo— y de dolor, como en las citas de Miguel Hernández, Víctor Hugo, Enriqueta Ochoa, Jaime Sabines y otros. Pero, conforme avancen los procesos de luto y cuestionamiento, incluso la poesía pierde su fuerza reconfortante: el 27 de julio, Ester se levanta y escribe: “Es domingo, aunque no estemos en Perú, ni me consuele Vallejo. Es domingo y tampoco voy a la iglesia. [...] ¿Dónde, entonces, la silla en qué sentarme? ¿Dónde la luz para seguir?” (79).

⁹ Cabe señalar que el acto de escribir también es un acto corporal, similar al rezo o a la meditación, pero también a la terapia física; para quienes obran, como nuestra autora, en el mundo académico actual, elegir pluma y papel en lugar de computadora para la construcción del diario tiene un sentido ritual evidente.

¹⁰ El poema es “Los heraldos negros”, del libro homónimo publicado en 1919 por la Penitenciaría de Lima, circulado ampliamente desde entonces.

No hay respuesta a su interrogante; la poesía, profunda, potente, crea lazos de sentido y de sentir, pero también subraya el dolor. Sin embargo, notamos a lo largo del texto el hambre que manifiesta la autora, que es un hambre de palabras, no sólo de consuelo, sino de esclarecimiento y explicación. Revisa los periódicos, leyendo obsesivamente las notas sobre el doble asesino. Entre la comunidad de escritores, parece encontrar una necesaria solidaridad. Esta interacción íntima con la prensa conlleva a otra dimensión intertextual del libro, ya que incorpora en su diario artículos enteros. Aparecen, por ejemplo, los comentarios de periodistas locales como Sergio González Levet que también se sienten la guerra cerca; un desplegado firmado por colegas de la Universidad Veracruzana protestando por el clima de inseguridad; otras convocatorias demandando justicia; un artículo de Armando Ortiz caracterizando a Xalapa como la “casa tomada” de Julio Cortázar, cuyos habitantes ya no hallan lugar en ella; otro de la autoría de Javier Hernández Alpízar¹¹. Con estos textos y fragmentos se compone un pequeño universo de palabras, protestas, murmullos y gritos emitidos públicamente por los dolientes vecinos, de una ciudad letrada, agredidos en su corazón por la violencia, que agarra su pluma como la única arma disponible ante la tormenta de miedo, sangre, balas y dolor. Un diminuto David, sin duda, ante el Goliat de la delincuencia, la corrupción y la impunidad; diminuto, pero colectivo, solidario, como si cada artículo, manifiesto, pancarta y verso fuera un ladrillo más, de los muchos requeridos para reconstruir la casa tomada por las fuerzas de mal.

De esta manera, la colección de palabras propias y ajenas reunidas por la autora del *Diario* desafía la afirmación de Le Breton, al decir éste que “El dolor es un fracaso del lenguaje (...) El dolor asesina la palabra” (*Antropología del dolor* 43-44). Con esto Le Breton señala una paradoja: que el dolor de uno no es visible ni palpable al otro; aguda, la agonía huye del lenguaje para convertirse en gritos, gemidos, llanto; sin embargo, para ser comprendida —por el médico, el terapeuta, la curandera o bien la comunidad cercana— requiere ser expresada en palabras. Hay que ponerle nombre o no se puede actuar. La cura depende de esta expresión, aun cuando el dolor mismo está —en la experiencia corporal del doliente— más allá del registro simbólico y verbal.

¹¹ En el período bajo discusión, los diarios tradicionales locales se limitaban a difundir versiones oficiales de cualquier suceso; por lo tanto, habían surgido otros medios en formato digital donde periodistas y activistas —o personas ocupando ambos papeles— divulgaban y comentaban noticias espinosas para las autoridades, pero relevantes para la sociedad. Los tres textos mencionados provienen de este tipo de medio, aunque el libro no da citas exactas y sólo el artículo de Hernández Alpízar, del blog *Zapateando2*, permanece disponible.

Espectralidad y presencia

La reunión de palabras descrita arriba termina constituyendo un ritual de luto, y como tal, entra al terreno de lo performático, a pesar del esfuerzo que han hecho algunos estudiosos de performance para alejar su objeto de investigación del campo de lo lingüístico o literario. Pero el espiral del diario, de la misma forma que junta cuerpo y narrativa política, también subraya la función discursiva de las prácticas rituales performativas, particularmente en el terreno de lo espectral o fantasmal, espacio por excelencia de los traumas y su negociación.

La espectralidad, a la cual referí antes a través del análisis de Ribas-Casasayas, trata de modo primordial a la comunicación —directa o apenas percibida, fluida o disonante— entre las personas vivas y las muertas. Si las primeras son afectadas por la falta de resolución de los conflictos del pasado, invocan a los fantasmas y experimentan su llegada para estimular la memoria, destapar heridas mal sanadas o curar las que han vuelto persistentes a pesar de los intentos de olvido. Así las presencias fantasmales ponen en cuestión conceptos convencionales del tiempo, pasado y presente. Como explica Isabel Cuñado, “the ghost is a crossroads where subjective experience and history overlap and feed each other” [el fantasma es una encrucijada donde la experiencia subjetiva y la historia se superponen y se alimentan mutuamente] (42). A las personas vivas les toca la tarea de procesar esta experiencia y, potencialmente, reescribir su historia desde la encrucijada.

Mencioné páginas arriba el intento que cuenta Hernández Palacios de entrar en contacto con Irene. En este episodio del *Diario*, que inicia irónicamente con la descripción de un altavoz fuera de la casa anunciando a una candidatura política, la autora relata su esfuerzo para desprenderse de sus prejuicios racionalistas para “cruzar el umbral”. En la medida que lo logra, su narrativa vuelve fragmentaria. De repente:

—Ten las manos el arma con que la mataron —digo entre sollozos.

—Vamos a desaparecerla. Tírala. Que no vuelva a disparar nunca —dice mi amiga.

—Que no vuelva a matar a nadie —respondo—. A ninguna otra hija, a nadie más. Ni ésta, ni ningún arma. Que no haya más muertes violentas, ni en esta tierra ni en ninguna otra. (Hernández Palacios 68)

Lo personal es político y lo político es personal. Ester pide perdón a su hija por sus fallas como madre, mientras Irene se manifiesta como una suave presencia que se va difuminando. Invocar a las personas difuntas —o “escribir entre/para los muertos”, como dice Cristina Rivera Garza en un capítulo de *Los muertos indóciles. Necroescrituras y desappropriación* (267)— significa cuestionar el presente desde una postura ética transindividual¹². Diana Taylor aborda este tema desde los estudios de performance; su “¡Presente! La política de la presencia”, hace referencia a la práctica de pronunciar la palabra “¡presente!” como “acto de solidaridad” (19), ya que este vocablo, cargado de significados, funciona para abrir la puerta a las víctimas de violencia y hacer saber que no se las ha olvidado ni a ellos ni a sus historias vivenciales ni al crimen que les privó la vida.

En este sentido, los recuerdos que comparten las amigas de Irene el día después de la sesión de contacto con el comúnmente llamado “más allá”, también participan en el acto político de denuncia y restauración, frente al régimen político que prefiere mantener el silencio o bien, como acusa Hernández Palacios a lo largo del libro, lucrar con el dolor. Al resignificar sus últimas experiencias con Irene, sus amigas, como la autora misma, las dotan de una trascendencia que contribuye, en última instancia, a lo que Rivera Garza concibe como la reconstrucción de la comunalidad (277).

Cabe reconocer que *espectralidad* y *presencia*, como otros conceptos retomados aquí de las ciencias sociales, los estudios literarios y de performance, ameritan la discusión amplia y a la vez fina que les han dado las autoras y autores citados en este artículo, junto con muchos otros que han abordado problemáticas similares. Sin embargo, el proceso que *Diario* manifiesta es precisamente el de reunir conceptos diversos y ponerlos en diálogo o, a veces, en relación dialéctica, no para llegar a explicaciones totalizadoras, sino para reconocer la multiplicidad de voces y experiencias que participan en el acto de representación testimonial. Asimismo, la noción del *testimonio* se desvincula del sentido legalista de *la* verdad, o incluso de un relato verídico individual ligada al recuerdo de determinados hechos; se vuelve amplio, polisémico, plural, sensorial, comunal.

¹² La idea de lo transindividual proviene de Schechner: “el yo social o transindividual es un rol o conjunto de roles” (36). En mi análisis, se relaciona con la manera en que Hernández Palacios se posiciona como parte de una colectividad, la de otras madres privadas de sus hijas o hijos por actos de violencia y, por extensión, de víctimas de violencias colectivas en México y en el mundo.

Reflexiones finales

A más de una década desde el asesinato de Irene Méndez y Fuoad Hakim, el pequeño monumento que la familia erigió en la calle para recordar el suceso sigue ahí, como otras lápidas urbanas instaladas por la ciudadanía para honrar a sus muertos fuera de los sitios formales designados para esta función, o sea, los mausoleos y panteones. Al decir de Norma Esther García Meza y Édgar García Valencia, quienes estudian este fenómeno en ciudades del sur mexicano como Xalapa:

(...) más allá del ritual funerario que expresa la preocupación de los deudos por el descanso del alma del fallecido, su presencia en las calles las convierte simbólicamente en una especie de denuncia acerca de la ocurrencia de eventos trágicos en estas ciudades de provincia”. (118)

Si el símbolo más común es el de la cruz, la lápida de Irene es secular: sólida y cuadrada, parece resaltar la función denunciativa, sin abandonar el significado espiritual antiguo subyacente en su instalación¹³.

Como integrante de la comunidad xalapeña a la que he aludido en este artículo, paso de cuando en cuando, estremecida, frente a este monumento. Al hacerlo, reconozco que comparto la aflicción de las 26 heridas, las seis balas que atravesaron el cuerpo de Irene, la sombra de su muerte como tantas violencias que han sacudido la región, el país y el mundo. Por este motivo, amén de los argumentos ya presentados, me parece importante leer el *Diario* como testimonio performativo, ya que este sentido activo es el que conlleva al proceso, jamás cerrado, de sanación. Aunque la narración concluye con la autora saliendo del país en busca de tranquilidad, sabemos que volverá después para hacerse actor sobresaliente en el movimiento por la paz en México. Tiempo después, el documental de Islas aporta una visión retrospectiva sobre el impacto de aquella “realidad que hiere al testigo” en la vida de la protagonista y su comunidad, visión que en otro contexto he analizado como “microfeminismo” o estrategia de resiliencia (Rashkin 87-88). Al reunir en este libro denuncias, versos, rezos, sensaciones, prácticas corporales, tristeza, coraje e indignación, Hernández Palacios hace de su yo autora una ofrenda

¹³ Véase también García Meza, “Arpillera xalapeña o un acercamiento a la ciudad violenta”, en que refiere a esta lápida a unos años de su colocación original.

comunal y humanista, un hilo deslumbrante con que, junto con otros hilos y otras voces, ofrece la esperanza de remendar, algún día, el tejido resquebrajado de nuestra sociedad.

Referencias

- Colorado Hernández, Alfonso (coord.). *Desde el naufragio: Testimonios universitarios sobre la violencia en Veracruz (2014-2018)*. Xalapa: Biblioteca Digital de Humanidades, Universidad Veracruzana, 2021. Web. <https://www.uv.mx/bdh/files/2022/02/Desde-el-naufragio-2-bdh.pdf>
- Coordinación Nacional de Literatura. “Premio Bellas Artes de Crónica Literaria Carlos Montemayor”. Premios Bellas Artes de Literatura, 22 de septiembre 2016. Web. <https://literatura.inba.gob.mx/premios/premios-bellas-artes/20-premio-bellas-artes-de-testimonio-carlos-montemayor.html>
- Cuñado, Isabel. “The Bright Future of the Ghost: Memory in the Work of Javier Marías”. *Espectros: Ghostly Hauntings in Contemporary Transhispanic Narratives*. Eds. Alberto Ribas-Casasayas y Amanda L. Petersen. Lanham, MD: Bucknell University Press/Rowman & Littlefield, 2016. 33-46. Impreso.
- Del Palacio, Celia (ed.). *Porque la lucha por un hijo no termina...: Testimonios de las madres del Colectivo Familias de Desaparecidos Orizaba-Córdoba*. Xalapa: Universidad Veracruzana, 2020. Impreso.
- García Meza, Norma Esther. “Arpillera xalapeña o un acercamiento a la ciudad violenta”. *La Palabra y el Hombre* 44. Abril-junio 2018: 39-42. Impreso.
- García Meza, Norma Esther, y Édgar García Valencia. “El lenguaje doliente en las lápidas urbanas”. *Tomar la palabra: Algunas expresiones literarias y de cultura popular en el sureste mexicano*. Coord. Carlos Gutiérrez Alfonso. Tuxtla Gutiérrez, San Cristóbal de las Casas, Ciudad de México: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica y Juan Pablos Editor, 2016. 115-131. Impreso.
- Gómez, Jorge. *Teoría e historia de la cultura corporal*. Buenos Aires: Cátedra UFLO, 1998. Impreso.
- González y González, Luis. *Viaje por la historia de México*. Ciudad de México: Secretaría de Educación Pública, 2009. Impreso.

- Grasso, Alicia. "Construyendo el concepto de corporeidad". *Educación física I. Antología*. México: Secretaría de Educación Pública, 2006. 25-37. Web. https://efdgef.files.wordpress.com/2008/02/educ_fisica_antologia.pdf
- Grasso, Alicia. *Arte y corporalidad: Una propuesta integradora*. Buenos Aires: Magisterio del Río de la Plata, 2012. Impreso.
- Haddu, Miriam, y Niamh Thornton, eds. *Legacies of the Past: Memory and Trauma in Mexican Visual and Screen Cultures*. Edinburgh: Edinburgh University Press. 2020. Impreso.
- Hernández Alpízar, Javier. "Xalapa: la máscara de la muerte roja". *Zapateando2*, 11 de junio de 2010. Web. <https://zapateando2.wordpress.com/2010/06/11/xalapa-la-mascara-de-la-muerte-roja/amp/>.
- Hernández Palacios, Ester. *México 2010: Diario de una madre mutilada*. Ciudad de México: Ficticia, 2012. Impreso.
- Islas, Alexandra, dir. *Ester sin h*. México: Tv UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México), Ave de Paso Films, Universidad Veracruzana, 2021. Película.
- Le Breton, David. *Antropología del dolor*. Trad. Daniel Alcoba. Barcelona: Seix Barral, 1999. Impreso.
- Le Breton, David. *Antropología del cuerpo y modernidad*. Trad. Paula Mahler. Buenos Aires, Nueva Visión, 2002. Impreso.
- Rashkin, Elissa. "Cine feminista hoy. Microfeminismos para un territorio quebrado". *La Palabra y el Hombre* 57-58. Julio-diciembre 2021: 85-89. Impreso.
- Ribas-Casasayas, Alberto. "El espectro, en teoría". *iMex. México Interdisciplinario*. *Interdisciplinary Mexico* 16. 2019: 8-20. Web. <https://www.imex-revista.com/xvi-editorial/>
- Ribas-Casasayas, Alberto, y Amanda L. Petersen, eds. *Espectros: Ghostly Hauntings in Contemporary Transhispanic Narratives*. Lanham, MD: Bucknell University Press/Rowman & Littlefield, 2016. Impreso.
- Rivera Garza, Cristina. *El invencible verano de Liliana*. Ciudad de México: Random House, 2021. Impreso.
- Rivera Garza, Cristina. *Los muertos indóciles: Necroescrituras y desapropiación*. Ciudad de México: Tusquets, 2013. Impreso.
- Roach, Joseph. *Cities of the Dead: Circum-Atlantic Performance*. Nueva York: Columbia University Press, 1996. Impreso.

- Schechner, Richard. "Restauración de la conducta". Trad. Antonieta Cancino. *Estudios Avanzados de Performance*. Eds. Diana Taylor y Marcela Fuentes. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2011. 31-49. Impreso.
- Suárez Gómez, Jorge Eduardo. "La literatura testimonial como representación de pasados violentos en México y Colombia: Siguiendo el corte y Guerra en el paraíso". *Iberofórum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana* año VI, núm. 11. Enero-junio 2011: 57-82. Impreso.
- Taylor, Diana. "¡Presente! La política de la presencia". *Investigación Teatral* 12. Agosto-diciembre 2017: 11-34. Impreso.
- Taylor, Diana. *The Archive and the Repertoire: Performing Cultural Memory in the Americas*. Durham y London: Duke University Press, 2003. Impreso.
- Turati, Marcela, y Daniela Rea Gómez (eds.). *Entre las cenizas: historias de vida en tiempos de muerte*. México: Sur+, 2012. Impreso.